

EL ESCANDALO

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona

SEMANARIO

Se publica
los jueves
30 céntimos

AÑO II

BARCELONA 17 DE JUNIO DE 1926

NÚMERO 35

Que nos canonicen

Todavía no se ha llegado a una conclusión definitiva acerca de la infalibilidad de las estadísticas, pero tienen tanta fuerza los números, sobre todo para quienes no los dominan, que somos la inmensa mayoría, que uno se inclina, de buenas a primeras, a reconocer su poder y a darlo por indiscutible. Se convence mucho más, con unas cifras hábilmente barajadas, que con un discurso de dos horas. Y se da el caso de que está uno convencido de una cosa, por todos los consejos de la razón, pero tiene que retroceder ante la fuerza de convencimiento de unas cifras, que a lo mejor no responden a una realidad. De todas maneras, la estadística es una cosa muy seria, y yo, que soy capaz de discutir horas y horas de cualquier asunto, si mi interlocutor tiene la astucia de intercalar en la discusión esta sencilla pregunta: "¿Usted sabe lo que dicen las estadísticas?", me deja boquiabierto y me obliga a reconocer mi ignorancia. No, no sé lo que dicen las estadísticas..., pero me inclino reverente ante ellas, sin osar discutir.

Tanto, que ahora doy por buena una que acaba de publicarse, y según la cual, en el pasado mes de mayo se han registrado en Barcelona veintiséis faltas contra la moral.

Háganse ustedes cargo de lo bien que habla en favor de nuestra moralidad y de nuestras costumbres, esta escasez de atentados contra la respetable señora doña Moral. Ya es sabido que Barcelona goza de una fama que deja bastante que desear en cuanto a moralidad. Ciudad cosmopolita, se la considera con una despreocupación en las costumbres rayana en el libertinaje. La vida nocturna de Barcelona, con sus centenares de cafés conciertos y cabarets, con su censo nutridísimo de mujeres galantes, que se prolonga hasta bien entrada la mañana, es una continua excitación a la juega, que relaja la moral y afloja los lazos sacrosantos del respeto a la familia, y del sometimiento a los dictados que deberían ser inflexibles de la moral. Añadan ustedes que hay en Barcelona un millón de habitantes, de todos los países y pudiéramos decir que de todas las razas, y como se sabe que la moral cambia según las latitudes, convengamos en que, en general, ello ha de crear un ambiente de tolerancia y de comprensión. Y no olviden que se trata del mes de mayo, en plena efervescencia primaveral, y que los atrevimientos de la moda, al aumentar los encantos femeninos, son un excitante irresistible.

Pensar, sabiendo todo esto, que sólo 26 parejas han atentado contra la moral en Barcelona y en el mes de mayo, es altamente halagüeño para el resto de los barceloneses, que debemos ser unos benditos de Dios, dignos de la canonización. Por menos, está San Antonio en el Santoral. Por mucho menos hay otros santos en los altares.

Yo, antes, cuando entraba en un cabaret, que es el lugar representativo del pecado en los tiempos modernos, me limitaba a descubrirme porque así lo ordena la corrección, pero desde ahora, además de quitarme el sombrero, convencido de que allí "no pasa nada", y de que como el resto de la ciudad, excepto trece lugares malditos, merecen ser benditos.

A lo mejor, todo esto no deja de ser una fantasía optimista. Pero con las estadísticas no se debe jugar, y hay que atenerse a lo que demuestran. La ciencia es la ciencia.

ANDRÉS HURTADO.

El centenario del romanticismo

Valle Inclán cree que no vale la pena de celebrarlo

"ESE SIGLO XIX, EN QUE TODOS LOS ESPAÑOLES SE HABIAN VUELTO TONTOS..."

—El movimiento romántico de principios del siglo XIX— dice Valle Inclán— en España tiene poca importancia. Nuestros románticos imitan, e imitan a los peores modelos: a Walter Scott, a Víctor Hugo... Claro que en ese siglo XIX, en que todos los españoles se habían vuelto tontos, no porque, comparados en Ayala y Echegaray — por ejemplo — resultan grandes figuras; pero la verdad es que no lo son. En el romanticismo europeo nada significan.

— ¿Nunca ha habido artistas románticos considerables en nuestra tierra?

— Ya lo creo que ha habido! Ha habido Lope, que hace obras como "La estrella de Sevilla" y "El caballero de Olmedo"; Lope, seguido claramente por Víctor Hugo... Hasta su vida misma es no menos romántica que la de Byron.

También ha habido Calderón...

Y en la pintura, Goya. El gran pintor aragonés es un caso de furia romántica.

Creo en el romanticismo español. Lo que quiero decir es que el romanticismo español cuando menos vale, cuando tiene menos originalidad y menos fuerza, es justamente en esa época, ese primer tercio del siglo pasado, en que señalan su existencia los Manuales de Historia literaria.

Sin embargo...

Don Ramón se queda pensativo, acariciándose la barba.

— ¿Qué?

— Sin embargo, el genio español, cuando llega a su apogeo, no es romántico. Cervantes y Velázquez no son románticos. ¡Se advierte en ellos un reposo, una seguridad de lo que están haciendo, un sofrenarse...! Su obra meditada, llena de serenidad, da la impresión de ser obra de viejos.

Es lo contrario, exactamente, del romanticismo, cuyas creaciones parecen estar animadas por un arrebatado impulso juvenil.

El artista — continúa explicando el ilustre autor de las "Sotanas" — el artista puede tomar tres posiciones frente a sus criaturas: o considerarse inferior a ellas, o igual a ellas, o superior a ellas.

En el primer caso el autor se pone, servilmente, de rodillas. Así escriben... y...

(Don Ramón da los nombres de dos escritores españoles contemporáneos).

El segundo caso es el de los románticos. Para el romántico, en general, el héroe es igual a él. Exalta el carácter y la vida del héroe, pero esa exaltación no tiende a colocarlo sobre sí mismo. No. Lo que ocurre es que el artista romántico está un poco tocado de narcisismo: al engrandecer al personaje, que es igual suyo, engrandece su propia condición. Esta solidaridad del romántico con su criatura es lo que les hace interesarse tan apasionadamente por su suerte: llorar, con desconsuelo, sus desventuras; regocijarse de sus triunfos.

Cervantes, Velázquez, Quevedo, Goya mismo, aunque era romántico, la mayor parte de los artistas españoles consideraron a sus personajes criaturas inferiores. El creador no fraterniza con los seres que crea: permanece ajeno a ellos, sobre ellos. La crueldad, tan característica de la literatura nuestra, procede de eso: de que al autor que está por encima de sus personajes le son indiferentes los dolores de los personajes esos: sólo conmueve el infortunio de los iguales.

El pueblo español, individualista y aristocrático, encuentra bien esa tendencia artística. Por eso ríe de muy buena gana comedias que tienen por objeto hacer burla de personajes desventurados: ciegos, sordos, maestros hambrientos...

Valle Inclán concluye, refiriéndose al proyectado centenario del romanticismo:

— El tumulto romántico — dice — es genial en Goya. A mí me parece Goya la figura romántica más grande de todos los tiempos. El centenario del romanticismo puede celebrarse al tiempo que el de Goya, destacando en la glorificación, sobre todas, la figura del gran pintor.

Tratar sencillamente de hacer una conmemoración literaria en obsequio de Espronceda, el duque de Rivas, etc..., creo que no vale la pena.

VICENTE SANCHEZ OCAÑA.



CONSEJO

—Vale más que seas futbolista que no rentista, da más dinero.

Una nota judicial

"Para hoy estaba señalado el juicio oral de la causa que instruyó por el delito de falsedad, el juzgado de Villafranca contra Francisco Masana secretario que fué del Ayuntamiento de San Pedro de Riudevilles.

Para asistir a este juicio habían sido citados 35 testigos. Además acudieron a la Audiencia muchas vecinas de aquel pueblo, donde el hecho de autos causó gran expectación.

El juicio no pudo celebrarse por haber presentado el procurador del procesado un escrito acompañado de un certificado facultativo, alegando que Masana se encuentra enfermo en Perpignan, a cuya población francesa tuvo que marchar para evacuar un asunto urgente.

El procesado Masana se halla en libertad provisional con fianza de 15.000 pesetas. Además tiene pendientes otras seis causas por la jurisdicción ordinaria y dos por militar, en las que se halla declarado en rebeldía."

(De "La Noche" del lunes 14).

La criminalidad en los Estados Unidos

Los frecuentes crímenes, robos, asaltos y atracos que se registran en los Estados Unidos, y especialmente en Chicago y Nueva York, no sólo tiene alarmados a los norteamericanos, sino que preocupan a los ingleses.

Londres examina con gran complacencia el informe anual del jefe de Policía, en el cual se revela que en los doce meses del año pasado se cometieron solamente 16 asesinatos en el área metropolitana.

Como la población de Londres es de ocho millones de almas, la probabilidad de perder la vida a manos de un asesino es de uno por 500.000. Las probabilidades de que el asesino quede en libertad no son tan halagadoras como para atraer a ningún asesino norteamericano a Londres como teatro seguro para el crimen. Ocho de los doce asesinos se suicidaron después, cinco fueron apresados por la Policía y tres se escaparon.

La criminalidad tiende a disminuir, pues en 1923 se registraron 27 asesinatos de personas mayores de un año y 15 infanticidios.

En Londres no se conciben hechos tan audaces de los criminales como el cometido en Drake, en el hotel de Chicago, por citar uno entre ciento; ni las batallas en la calle entre policías y malhechores. Los ingleses opinan que la anarquía que hoy se ha adueñado de las grandes capitales estadounidenses se debe a la leñidad de las leyes, y hacen hincapié en la necesidad de emplear los procedimientos de la justicia inglesa, que pueden definirse en estas palabras: "Tratamiento duro y rápido".

El delincuente inglés sabe por anticipado que el crimen ha de conducirle a la horca en plazo brevísimo. Prueba de este pleno convencimiento es la gran proporción en los suicidios de los criminales.

Las leyes y disposiciones políticas son, al mismo tiempo, un gran medio preventivo. A los asesinos o sospechosos de asesinato no se les admite fianza. Para obtener licencia de uso de armas se necesitan tantas justificaciones, garantías y trámites, que el peticionario se aburre. El vapuleo oficial y el extra-oficial hacen que el criminal piense mucho antes de cometer el delito. A la Policía se le exige un examen de ingreso tan riguroso, física e intelectualmente, que sólo se admite a un 5 por 100 de los aspirantes.

Las reformas en las cárceles y las comodidades a los prisioneros constituyen una ley aprobada, pero que no se ha puesto en vigor, y no existe la idea de que la cárcel es una segunda casa paterna con aparatos de radio, cómodas camas, comidas a la carta, duchas, etc.

La cárcel inglesa es la que se mira con horror, y el pueblo tiene muchos ejemplos de que es peligroso violar la ley, no importando que sea millonario o pordiosero el que la infringe.

COMPRE V.

Sangre en Atarazanas

POR FRANCISCO MADRID

LOS HOMBRRES Y LAS COSAS

Eustaquio Bello y Antonio Bolívar

Una plácida tarde de agosto paseaban por el Portal de Boto-
neros dos jóvenes simpáticos y gallardos, conversando amigablemente. Era en el año 1845 en la histórica Lima. Uno de los jóvenes, de caracoleada cabellera de ébano y mirar vivísimo, con un pie chico pero una gran anchura de espaldas, se llamaba Antonio Bolívar y Prado; el otro, rubio, esbelto, de soñadora uña a esos dos hijos del amor, consecuencia natural de los miradas, se llamaba Eustaquio Bello Harrow. Extraña amistad caprichosa de la primera espada y de la primera pluma del Continente. Antonio Bolívar era hijo ilegítimo de don Simón Bolívar, el Libertador, el vencedor de Boyacá; su madre fué la famosa bella limeña, doña Concepción de los Santos Prados y Aznar. Eustaquio Bello Harrow era hijo ilegítimo de don Andrés Bello, el autor del Código americano, organizador intelectual de nuestra América, y de Lily Harrow, una bellísima "chorus girl" de Piccadilly Circus. La suerte unió en Lima a esos hijos del amor.

Ambos jóvenes, apuestos, elegantes, eran los príncipes de la cálida calle limeña. "Las peruanas caprichosas, las costumbres licenciosas, ellos gallardos y calaveras..."

En el mismo momento que se detenían para comprar pitillos a una mulata vieja, pasó una encantadora mujer con mantilla de seda, cruz de oro al pecho, medias de hilo de Barcelona y hebilla de brillantes en los chapines charolados. Ambos jóvenes siguieron tras ella hasta la Catedral. Iban "groggy" por la emoción recibida.

La dama se llamaba Leonor Angélica Colomba y Goyeneche, sobrina del Cardenal Goyeneche, en cuya casa vivía. Penetró en el templo por la puerta principal, pero antes dejó caer al suelo un pañuelito de encaje. Antonio Bolívar lo recogió antes que Eustaquio, y lo llevó galantemente a la dama, que agradeció con una sonrisa mareadora.

— ¿Podría saber su nombre, bellísima desconocida?
— ¿Es usted forastero? No creo que haya en Lima quien ignore mi calidad y nombre.

— Hijo de extranjero.
— ¿Y su amigo?
— Igual que yo.

Entonces procedieron a presentarse, declinando cada uno nombres y apellidos.

— ¿Me concedería usted, divina Leonor Angélica, la inmensa dicha de honrar mi casa esta noche?

— ¿Puis, qué descarado! Apenas le conozco, dijo la limeña.

— Soy Bolívar, hijo del Libertador; mi compañero es Bello, hijo del Legislador; no creo que arriesgo su honor una Colomba y Goyeneche en tan noble compañía.

— Vuestra sangre es por lo mismo que noble, demasiado generosa; no dudo que vuestros corazones sean oro puro, pero vuestras miradas son más tentadoras que los demonios.

Los hijos del amor sonrieron cupidescamente y siguieron el asedio, bombardeando a la limeña con frases de fuego. Las miradas de ella iban de preferencia a Eustaquio, cosa que Antonio notaba.

Finalmente llegó la dama hasta una puerta hábilmente disimulada detrás del féretro de Pizarro, casi en el mismo altar mayor. Golpeó dos veces y apareció una gruesa mulata, parecida a Felipe Sassone.

— ¡Ay, mi damita! Qué ángeles de la guardia más divinos, en carne y hueso, exclamó la mulata.

— No son ángeles, precisamente, dijo Leonor.

— ¿Puis qué?

— Los mismísimos demonios.

— Vamos, diga: decidase por fin... — murmuró Antonio.

— ¿Las señas de su casa?

— Orillas del Rimac, Alameda de los Virreyes, pasado el puente de Carlos III.

— Lo pensaré, dijo Leonor, cerrando violentamente la puerta.

Antonio echó un beso sonoro y partieron alegremente para preparar la fiesta, seguros de que Leonor Angélica había picado el anzuelo.

II

Antonio Bolívar recibió esa casa repleta de víveres, lujo, cosa, heredó de su padre el palacio en las orillas del Rimac, residencia divina, parecida a la Casa del Labrador en Aranjuez, que el Libertador conoció durante su juventud. Don Simón Bolívar construyó esa casa para su buena amiga, doña Concepción de los Santos Prados y Aznar, madre del joven que conocemos.

Antonio Bolívar recibió esa casa repleta de víveres, lujos, muebles, tapicerías, objetos de arte de todas clases y perfumería por valor de más de dos millones de libras peruanas. Sin embargo, a los dos años de recibirla, ya la casa estaba hipotecada hasta los cimientos. Antonio era un inquieto y un extravagante. Sabido es que don Simón Bolívar, después de arrojar a los españoles en Boyacá, residió voluptuosamente en Lima.

Esa batalla de Boyacá fué la más fructífera de todas, porque el Libertador se apoderó del tesoro de Indias, existente en Lima, y que montaba a una suma fantástica en barras de oro y plata. La vida del Libertador en Lima fué de molición y escándalo; como Alejandro el Grande en la India, aprendió en esa ciudad voluptuosa y cálida muchos vicios, y el lecho duro del soldado fué sustituido por un elegante "sommier" con patas, de la mejor casa; al agua clara sucedió el vino exquisito y a la cazuela sobria el manjar raro. Además, como Antonio en Egipto, encontró los brazos tentaculares de una Cleopatra criolla. Baste decir que en dos años de residencia en Lima el Libertador gastó dos millones en ropa interior de señora, pebeteros, agua de Colonia y "paté de foie gras". Al cambio actual, dos millones de soles de entonces equivalen a diez millones de pesos. De esta manera quedaron las bodegas repletas para muchas generaciones: las latas de sardinas con tomate, de salmón, de caviar, las longanizas, los sacos de porotos caballeros, las botellas de Falerno, Asti, Burdeos, se contaban por miles. Además, tenía una pirámide de harina nada más que para los bollos y pasteles del chocolate. Por eso su hijo Antonio, a pesar de no tener renta, vivía como un magnate. Solamente de la venta de conservas sacaba cien mil soles por semestre. Eustaquio Bello, sin fortuna, tenía un departamento especial en la casa de Bolívar. Se querían como hermanos.

A las ocho de la noche en punto llegaron a la casa para preparar la fiesta: el clavicordio, las vihuelas y guitarras, todo fué puesto en orden para el minuto, las gavotas y pavañas. Los salones fueron iluminados con profusión de velas de colores. La mesa quedó lista para recibir cuarenta invitados. Los criados se pusieron sus libreas, sus calzones cortos y medias rojas. Imponente negro, de origen etíope, hacía de portero.

El primero en llegar fué Monseñor Mangoni, nuncio de Su Santidad. En seguida comenzaron a llegar otros invitados.

Antonio Bolívar y Eustaquio Bello, irreprochablemente vestidos de negro, con media negra y zapatillas con hebilla de plata, atendían a sus invitados. Se notaba en sus rostros y en su conversación cierta impaciencia. Leonor Angélica no llegaba.

A las nueve Antonio hizo pasar a sus invitados al comedor después de recomendar a Eustaquio que esperase a la sobrina del arzobispo.

Eustaquio, pensativo, fué al balcón, y al poco rato sintió rodar un coche y percibió dos luces en la oscuridad de la Alameda. Las luces crecían poco a poco como ojos de la noche, hasta que mostraron las formas de un elegante fiacre parisense. Saltó un lacayo, abrió la portezuela y salió la encantadora Leonor en traje de satén rosa con lentejuelas y gran diadema de perlas en la exuberante cabellera.

— ¿He tardado mucho? — preguntó.

— La esperaba y sería capaz de esperarla un siglo entero — dijo Eustaquio.

— La bella pasó acompañada del sirviente que no lo abandonaba, un zambito motudo como de quince años, con gran alfanje en la cintura, a la manera mora.

Eustaquio miraba enamoradamente a la limeña, y, en vez de encaminarla al comedor, la llevaba al jardín oscuro. La noche era propicia a las frases galantes y los besos furtivos. Debajo de un panto y una palta se sentaron en uno de esos bancos de mármol que ahora se encuentran en el Parque de Valparaíso.

— Dominguito, dijo Leonor al negroito.

— ¿Qué quiere mi amita?

— Ve a traer una vela del coche.

— ¿Para qué quiere velas, dijo Eustaquio, cuando esta oscuridad es tan agradable? Luego, acercándose, vertió en su oído una loca declaración tropical:

— Sea usted mi reina, Leonor Angélica. La llevaré a Caracas, la ciudad de eterna primavera, a mi hacienda en el delta del Orinoco, donde canta el bambuco melancólico, bajo los bananos; nos amaremos en una hamaca, comiendo aguacates, bajo las bandadas de loros silvestres. Tendrá mil esclavos para que la abaniquen y le hagan las uñas. Nos bañaremos en el río de aguas tibias, entre un enjambre de truchas sabrosas. Le haré un alcázar de maderas de rosa, cedro y sándalo. Vamos a Caracas, la ciudad de eterna primavera...

En ese momento se movió una sombra detrás de una estatua de mármol, que ahora se encuentra también en Valparaíso. Era Antonio Bolívar que acechaba a la pareja. Leonor se estremeció de miedo y vergüenza.

— ¿Quién va?, gritó Eustaquio.

— Soy yo, dijo Antonio. ¿Así me pagas! Así agradece el cariño de hermano que te profeso. ¿No sabes que amo a Leonor?

— No puedo saberlo, puesto que la conocimos sólo esta tarde.

— Bueno, pues, dijo Antonio. Entiendo que Leonor Angélica ha de ser mía, y sólo mía.

— Eso dependerá de ella, dijo Eustaquio, poniéndose entre la mujer y Bolívar.

— ¡Miserable! gritó Antonio. Así me pagas la hospitalidad. ¡Ya verás lo que hago! Te expulsaré de esta casa y Leonor Angélica será mía.

— ¡Sálvame!, dijo Leonor Angélica a Eustaquio, cayendo de rodillas. Yo no amo a Antonio; su carácter arrebatado me

espanta. Yo quiero ir a Caracas contigo.

Bolívar se retiró ciego de ira, y al poco rato volvió acompañado de cuatro lacayos que expulsaron a Eustaquio y tomaron en sus brazos a Leonor Angélica, desmayada.

III

Bolívar había heredado del Libertador el temperamento violento y arrebatado. No quería obstáculos de ninguna clase en su camino. Estimaba mucho a Eustaquio Bello, pero más grande era su pasión por Leonor Angélica. Una vez que hubo expulsado a su amigo íntimo quedó taciturno, pero decidido a conservar en su poder a Leonor Angélica, que fué depositada por los lacayos en un aposento secreto.

La fiesta continuó, sin embargo, como si nada hubiese ocurrido; pero, a las tres de la mañana un criado fué a decir que la casa estaba rodeada por fuerzas de infantería y caballería.

A las cuatro de la mañana un oficial de caballería penetró en la casa; y encarándose con Antonio Bolívar, le dijo:

Entregad a Leonor Angélica, o dados preso en nombre de la ley.

— ¿Quién os ordena?

— El Arzobispo de Lima, Monseñor Goyeneche, tío de Leonor, dijo el oficial.

— Si es así, ahí la tendré, dijo Antonio, señalando una sala en el ángulo del vestibulo.

Los soldados sacaron a la dama de su encierro momentáneo, y poniéndola en el coche arzobispal, la custodiaron hasta la Catedral. El mulato Dominguito, sirviente de Leonor, fué pasado por las armas por orden del Arzobispo, como ocurre casi siempre en estos casos.

IV

A las cinco de la mañana no quedaban en casa de Antonio más que dos invitados: el Nuncio y el señor Brugatti, Cónsul general de la Martinica, jugador repulsivo, con una cara de granos, como papel de moscas.

Jugaba a los dados con un cuerno de alabastro. Las velas, gastadas, lanzaban sus últimos destellos, reflejándose temblorosamente los candelabros en las cornucopias.

A las cinco y media el portero declaró que dos señores deseaban conversar con Antonio.

— ¿Que pasen! dijo Bolívar irritado. ¡Vaya unas horas para visitar!

Eran José Quezada y Blas Capilla, padrinos de Eustaquio, que iban a concertar un duelo terrible. Estos jóvenes eran muy poco recomendables. Quezada era un petimetre que usaba bocamangas y martingala en los calzoncillos; Capilla era un siniestro jugador con ventaja, llamado en Lima: el "Capilla ardiente", por su aspecto tenebroso.

— ¿Eustaquio quiere batirse? ¿Me va a dar la noche el muy tonto! gritó Bolívar.

— Usted dirá, dijo Capilla.

— Bueno, pues. Aquí están mis testigos, dijo mostrando al Nuncio y al señor Brugatti. Advirtiéndoles, que no acepto más que una forma de duelo: a pistola mordiada.

Se produjo un movimiento de asombro y duda; pero Capilla, con voz sorda, declaró:

— Aceptado.

V

Amanecía suavemente en Lima. La camanchaca humedecía las veredas y los techos de las casas; se pegaba a la cara como beso de chola enamorada. Poco a poco el sol se abrió camino a través de la niebla y fué a hilar su alfiler encima del cerro.

A las siete Antonio Bolívar y Eustaquio Bello, frente a frente, en el terreno del honor se disponían a matarse. Estaban en la rotunda de la Alameda de los virreyes, frente al nogal que plantó Pizarro. El duelo a pistola mordiada consiste en cargar una sola pistola; dar a escoger luego, y entonces cada cual muerde el cañón y dispara. Uno tiene que caer forzosamente. Antes ambos dos hacen una carta al procurador de la República declarando que se suicidan.

Brugatti dió las palmadas reglamentarias y sonó un solo estampido, cayendo al suelo ambos jóvenes, bañados en sangre.

¿Qué había ocurrido? Muy sencillo: el Arzobispo metropolitano de Lima, Monseñor Mengüante Goyeneche, celoso, irritado por la conducta de esos jóvenes con su sobrina Leonor Angélica, había resuelto, de acuerdo con Capilla y Brugatti, cargar ambas pistolas, de manera de suprimirlos a ambos.

Consumada la tragedia, las fuerzas militares, por orden de Monseñor Goyeneche, que fué el verdadero Richelieu peruano, tomaron el palacio de Bolívar y lo confiscaron. Hoy ese palacio sirve de residencia veraniega al admirable y ponderado presidente Leguía.

En cuanto a esas vidas tronchadas en flor, en holocausto a Venus, no dejaron sino un débil recuerdo, como un perfume. El "Diario Oficial" anunció el suicidio. Los padrinos, cómplices del asesinato, recibieron cien mil soles cada uno.

De Eustaquio Bello no queda más que una poesía en el Archivo nacional de Caracas, titulada: "El Murciélago". De Antonio Bolívar se conserva una caja de guantes y un paraguas en el Museo de Nueva York.

CRITICA Y COMENTARIOS

M. Tailleud contra Mr. Taylor

Las batallas que gana Francia en la Paz

La hegemonía de la moda femenina en Europa la ejerció siempre, la ejercerá aún por muchos años, Francia. Al menos, desde el siglo XVIII, París, la villa luminosa, ha sido el centro de donde ha irradiado, no sólo a Europa, sino a América también, cada vez con más penetrativa intensidad, esa corriente invisible e inescapable que es el gusto, caprichoso, volitivo y pasajero, de la mujer en cada época. Y a medida que la civilización ha avanzado, esa corriente ha acelerado su ritmo. Si antes de la invención del ferrocarril la moda Directorio—Directorio francés, claro está—duraba por la lentitud de su expansión lo suficiente para que, agotada la situación política que le diera nombre, aún se recostasen en los cañanés de Italia, de España y del coloniaje, muchas damas Recamier de meridional indolencia, hoy, con los conciertos radiados y las fotografías inalámbricas, las modas que impone Francia—París o Deauville—a las mujeres del resto del viejo continente es natural que se renueven con celeridad mucho mayor, no ya que un régimen, sino que una estación del año. Si antes, en tiempos aún de Napoleón el chico, las modas pudieran decirse que se imponían por reinados, hoy podemos decir que se implantan por crisis ministeriales; y si nos apuramos, por golpes de Estado. Para multitud de maridos complacientes y adinerados París es, ante todo, la maravillosa y terrible isla de Citeres, de donde parten con asoladora frecuencia los bebés—a veces los bebés que no se han encargado—y las facturas de la modista.

Hoy vamos a hablar de los bebés... ya un poco talluditos. Oigan nuestros pisaverdes, nuestros petimetres, nuestros gomosos, nuestros niños bien o pollos pera de "aujourd'hui". Desde hace más de un siglo, después del triunfo del frac sobre el vestir masculino a la francesa, París va a lograr por primera vez imponer el buen gusto—que no es más que buen sentido—de M. Tailleud sobre la absurdez desgarbada y patosa de Mr. Taylor. Si hasta aquí éste ha podido ejercer su dictadura desde Londres, a base de imprimir a los trajes de hombres una planta de líneas tan viriles que son caricaturas, casi patológicas, de ahora en adelante es muy posible que la dictadura británica del terno viril, demasiado viril hasta llegar a la fealdad, a la ridiculez monstruosa de todo lo excesivo, sea derrocada por una política de sastrería más humana, más antropomórfica, más respetuosa, en una palabra, con las medidas del patrón hombre. Esto es, más francesa. La masculinidad—piensan acaso los sensatos sastres franceses—no es después de todo condición tan excepcional entre hombres como para que merezca exaltarla y ponerla de manifiesto a toda hora en la dura expresión del vestido o en otros alardes tan superficiales como éste. Basta con sentirla oportunamente, ya como un mandato de la especie ante las damas, bien como un dictado moral para la conducta entre los caballeros. Y de acuerdo con estos pensamientos han decidido dar esta temporada la batalla Longchamps, no sólo va a vencer, como siempre, a la más bella mitad de Epsom—ya se sabe que las elegantísimas inglesas son las más asiduas parroquianas de la rue de la Paix—, sino también a los elegantones del sexo feo. Si, como todas las probabilidades parecen indicar, los sastres de París vencen ahora a los de Londres en el match entablado, en lo sucesivo la etiqueta londinense va a ser, antes que una garantía de buen corte, un sambenito de antigüedad, de inelegante atraso entre los varones. Ha roto el fuego un ingenioso sastre boulevardero, un M. Tailleud—cuyo verdadero nombre no hace al caso—. Le ha bastado poner en parangón, en el escaparate de su tienda, dos maniqués vestidos, uno a la moda británica, el otro a la francesa. Igual tejido e idéntico color en ambos trajes. La diferencia a apreciar está sólo en la forma, en la línea, en el corte. La americana del modelo inglés, corta—apenas cubre los riñones—, rigurosamente recta, forma un cilindro perfecto en torno al busto; es la equivalencia de lo que, entre los trajes femeninos, se llama un tubo. El pantalón, largo, ancho, recto, cae inconmensurable hasta cubrir casi por completo los zapatos. Las dos prendas unidas, sin la más leve línea que recuerde la forma humana, realizan el ideal de un sastre cubista. El maniquí galo luce una americana sencillamente lógica, lo que la hace ser, por su naturalidad y sencillez, elegante; larga hasta cumplir, sin exageración, el más honesto de sus fines, recta por la espalda, levemente ceñida a los costados por medio de unas breves pinzas, cae sobre el pantalón, que no pasa, lógicamente también, del descote de los zapatos. Las mangas, algo más estrechas y airoosas que las del modelo británico; las solapas, un poco más abiertas, como para permitir utilizar los bolsillos superiores del chaleco sin desabotonar la americana... Aunque estamos en junio bien puede decirse que el sastre francés ha hecho ya su agosto. Pasan los hombres ante la luna de su establecimiento; se paran, comentan entre la diferencia esencial, la del corte, de una a otra moda; vuelven con sus amigos entran y se toman medida para un traje. A estas horas

casi todo el que puede permitirse el lujo de renovar su equipo con la temporada se ha encargado en París un traje de caballero a lo parisien. La elección entre los dos maniqués no es dudosa. Otros sastres, ante el suceso obtenido por M. Tailleud de nuestra crónica, han seguido su eficaz ejemplo. Y con la multiplicación del parangón han empezado a menudear las escaramuzas, favorables para las armas, es decir, para las tijeras francesas. Si se gana la batalla en toda la línea, disminuirá notablemente la importación en el ramo de sastrería, tributario hasta ahora de Inglaterra, la nación acreedora—quién no ha tenido un sastre "inglés"?—y consecuentemente—por ley de la victoria—aumentará la exportación, con lo que es posible que el franco diese otro pasito de gorrión primavera hacia adelante. Ya se habla de que el Gobierno francés, atento a todas las manifestaciones de la vitalidad nacional, modificará los aranceles en un sentido proteccionista del imperialismo de la moda masculina. Si ello llega a ser una realidad, la aportación económica de la Asociación de sastres de París a la recién establecida contribución voluntaria no será de las menos cuantiosas. Un grupo de jóvenes diputados ministrables—de esos a quienes aconseja la prudencia epistolar M. Messimy, el "général a femmes", corresponsal de la espía india fusilada—ha puesto en circulación el nombre de guerra del pantalón francés lanzado por el sastre boulevardero, y le llaman ya "el pantalón cívico". Así bautizada esta prenda, hecha a la justa medida del hombre, pudiera llegar a convertirse en un símbolo frente a la fanfarronería de masculinidad de los otros pantalones, a los que, por oposición, aquel grupo de jóvenes diputados ministrables ha dado en la flor de llamar "pantalones fascistas". Ahí, en España, creo que su equivalencia se llama "pantalón chanchullo".

JUAN G. OLMEDILLA.

La Guindalera, abril, 1926.

GENTE QUE VALE

Una novela de Eduardo Sanjuán

En esta casa no nos privamos de nada. Parece como si se hubiesen puesto de acuerdo todas las potencias celestiales y terrenos para colmarnos de bienes. Somos lo que se llama vulgarmente—se llama en la Puerta del Sol—unos "hachas".

Ya quisiéramos, ya, que los amigos de esta casa hiciesen algo mal. Pero ni por esas. Aquí todos somos una cosa seria. Y Eduardo Sanjuán, este niño grande del periodismo barcelonés, este corazón de oro, que escribe a besos y a dentelladas, amigo de EL ESCANDALO por derecho propio y porque lo vale, ha escrito y publicado una novela que—cómo no!—también está bien...

Aunque eso de que está bien es un decir. No está bien. Está superior.

"La que supo matar" se titula esta novela. Y tiene una fuerza, una emotividad, un empuje vital que entocora, que enloquece. Aquello es un jirón de vida, con sangre caliente, con músculos distendidos, con carne macerada.

Hay allí, en las páginas tremantes de la novela de Sanjuán, hombres y mujeres de vida intensa, multitudes ululantes, minutos de pasión y horas de horror... Hay un periodista generoso y romántico—autobiografía, autorretrato moral?—que muere porque la vida le viene estrecha, porque el mundo es pequeño para él, es bajo de techo. Hay una mujer, Berta, que tiene prestancia de símbolo. Símbolo de una feminidad diríase extinguida en estos tiempos de fox-trot y faldas cortas, de pelo a la "garçonne" y ojos de "Khol". Mujer fuerte, vigorosa, valiente, henchida de entusiasmos y de fervores, toda corazón, toda amor entendido y vibrante.

He aquí la novela de Eduardo Sanjuán. "La que supo matar", tiene todo eso y mucho más. Es un jirón de vida "vívida".

Todos hemos vivido algo esta novela. Por eso parece un poco nuestra. Por eso al leerla, sentimos este leve escalofrío de la comprobación, de la confirmación, de la identificación.

¡Bien, Sanjuán! Ahí va nuestra mano. Eres un novelista de cuerpo entero.

M.

Los menús más deliciosos son los del restaurant

Grill-Room

Escudillers, 8 Café - Bar - Restaurant

Lo ingenioso lo absurdo, y lo pintoresco

Anécdotas sucedidos y otros excesos

Sabido es que en los exámenes de oposición a ingreso en la carrera diplomática se exige a los opositores la posesión del inglés y del francés y además se deja a su elección un tercer idioma.

En cierta ocasión un opositor, de reconocida frescura, y que en estos últimos tiempos ha visto reproducido con frecuencia su nombre en los periódicos, se examinaba de ingreso en la carrera y al preguntársele cuál era el tercer idioma que poseía manifestó que el chino. Hubo un momento de estupor entre los examinadores, porque ninguno poseía el idioma del Celeste Imperio, pero, a pesar de ello el tribunal se constituyó y llegó el momento del examen.

Fué una escena pintoresca. Ni el examinado ni los examinadores sabían una palabra de la lengua de Confucio.

Se acercó al tribunal el opositor y uno de los examinadores—al que le habían atribuido el papel de profesor de chino—le alargó, para que la descifrara y tradujese, una barra de tinta china en la que campeaba una inscripción en caracteres purísimos de Tokio.

No se amilanó el opositor al verse atajado por aquella salida y convencido de que sus examinadores sabían tanto chino como él, miró y remiró la barra de tinta china y con gran seriedad, después de morderla, se la devolvió al tribunal, exclamando convencido y dominador:

—Esta barra está falsificada.

El tribunal, no sabiendo qué hacer, decidió conceder al opositor una excelente puntuación y declaró que el examinando sabía más chino que un limpiabotas de Kioto.

Tenía costumbre, como ya he dicho en otra ocasión, el ilustre don José Canalejas de deambular por las calles y plazas madrileñas haciendo lo posible por pasar inadvertido y porque nadie descubriera su personalidad de presidente del Consejo de Ministros.

Una tarde entró a limpiarse las botas en el salón que existe todavía en la acera izquierda de la Puerta del Sol, frente a Gobernación.

Se sentó don José, hojeó un diario mientras le llegaba su turno y al fin se arrodilló ante el presidente un operario dispuesto a dejar las botas de don José como el charol. Sin embargo, al ver el limpiabotas que se calzaba del presidente estaba bastante deslucido y con los tacones distraídos un tanto, exclamó:

—¡Vaya unas botas que se trae usted, señorito! ¡Están bastante sucias y viejas! Pero, con todo, se las voy a dejar a usted tan brillantes que van a dar envidia a Canalejas.

Don José, siempre agudo, bondadoso y paternal, le respondió:

—Y él te lo va a agradecer mucho seguramente, hijo.

Entre los bandos municipales más graciosos que yo he conocido, recuerdo uno que el alcalde de Madrid don Eduardo Vincenti y de la Reguera (a) "Tontolín" publicó con el intento de regular la circulación ciudadana de vehículos.

Decía el bando entre otras cosas pintorescas, al hablar del tránsito en las Cuatro Calles:

"El tránsito en esta plaza se bifurcará en tres ramales...". Yo siempre supuse que el tercer ramal era para el redactor del bando.

Gobernaba un gabinete liberal. El ministro de la Gobernación era muy afecto a un diario madrileño, para el que reservaba todos sus cariños y un buen puñado de duros del famoso "fondo de reptiles".

Acabó que el Rey hizo un viaje a Valencia, y el ministro de la Gobernación con objeto de dar facilidades al periódico de sus preferencias, le dio el programa del viaje regio con toda clase de detalles. Así el aludido diario con un poco de imaginación y el programa se ahorra unos cuantos centenares de pesetas del servicio telegráfico que habría de reseñar el viaje de don Alfonso.

Emprendió el Rey el viaje y el diario dió cuenta de una serie de detalles interesantes, que los otros periódicos no insertaban. Recuerdo que insertó un telegrama (?) relatiendo con pelos y señales todos los pormenores de la llegada del Rey a la ciudad del Turia. Y terminaba el despacho:

"Por la noche se disparó una traca de cinco mil metros".

Todo esto estuvo muy bien. Ahora que el Rey no llegó a Valencia. Se había detenido en Suera o en Cullera—no lo recuerdo bien—y no llegó a Valencia hasta el día siguiente.

Desde entonces cuando el periódico de marras se daba un autobombo los periodistas nos reíamos y recordábamos la traca de "cinco mil metros".

LUIS MASCIAS.



Los curiosos motivos que he tenido para escribir este artículo

Es preciso que lo confiese. Yo tenía unas ganas atroces de escribir en EL ESCANDALO; y había de ser, precisamente, en esta página central, en esta doble página central.

¿Aíán de "lucro"? ¿deese malsano de notoriedad? ¿Quién lo sabe!... De todo un poco, tal vez. Que si no le va mal a la propaganda que de mi mercancía debe hacer el escritor consciente esta luminaria o este altavoz a dos tintas que son las dobles palmas de EL ESCANDALO, tampoco es nocivo para la salud el billete que la empresa le suelta a uno. Ser yo ese "uno", me resulta realmente grato.

Quédese el lector curioso con la curiosidad de saber el tamaño y el color del referido papel bancario. Y conste que aunque antes hayamos dicho "billete", simplemente, no hemos dado al vocablo el valor que se le daba en aquellos benditos o malditos tiempos, en los que el buen Jorge se dejaba tirar de las orejas.

Pero escribir en EL ESCANDALO, es algo más difícil de lo que yo, gran ingenuo, creí a primera vista.

—¿Conque plantita queremos, eh? — me dijo Braulio Solsona—. Pues muy bien. Hagala.

Hágala. Estábamos en el jardín del Cómic. Las chicas de las revistas de Sufrañes, llenaban de alegría el momento. Con cierto rubor sentimental, debo declarar que me parecían ruiseñores sus risas... Bueno, no ruiseñores: trinos de ruiseñores, o canto de ruiseñores. Yo no estoy muy fuerte en coro-avicultura, pero aseguro formalmente que me sugirieron algo muy bonito, con sus ribetitos martiniserreros—¡uf!—y todo.

Hágala. Si, si, ¡cualequiera sentía ganas de trabajar en aquel ambiente de sana holganza, lleno—el lector me perdone—, de efusivos primaverales!...

—Si, hombre, hágala—reafirmó Braulio Solsona—observando mi actitud poco decidida.

—Naturalmente, la haré; si, claro. ¿Le parece a usted que hablé así de algo de provincia? Sería interesante. Yo tengo la retina llena del ambiente provinciano, visto de una forma que creo inédita. Los novelistas, los escritores, aves de paso en la provincia, la han falseado incunamente. La provincia...

Se impacientó mi paciente colocotor:

—No, mire. Usted es muy dueño de tener la retina llena de lo que se le antoje. Pero eso de las provincias lo hará otro día. Para EL ESCANDALO de la semana que viene, nos convendría algo de actualidad.

—Algo de actualidad... algo de actualidad... ¡Las reformas tributarias!

—No. Tal vez no. Quizás sería mejor...; si, mire, haga algo sobre la actuación de Raquel Meller en Nueva York. Eso es. Será interesante.

Y accedí, a sabiendas de que adquiriría un grave compromiso, accedí. Juro que tembló mi voz, con temblaría la de Guzmán "el Bueno", en el desagradable asunto de Tarifa, cuando dije:

—El domingo por la noche, tendrá usted las cuartillas... ¿Dónde?

—En el quiosco de Agustín, o aquí, en el Cómic.

Sali. Ni me miraron siquiera las chicas de los "sies" internacionales. ¡Si ellas hubieran sabido!... Si ellas hubieran sabido que yo soy el más extraordinario ciudadano barcelonés; el único ciudadano de Barcelona que no ha visto las revistas de Manuel Sufrañes...



Manos a la obra. Carranza, López Marqués, la Raquel Meller y la "Enciclopedia Espasa"

El domingo por la noche, Agustín tenía cerrado su quiosco. Esto hubiera sido una bonita excusa para quedar yo bien a los ojos de Braulio Solsona, pues, "naturalmente", el domingo por la noche no había escrito ni una sola cuartilla de estas con las cuales estoy amargando la vida del amable lector y de la seguramente bella lectora.

No había escrito una sola cuartilla, de los quinientos gramos de cuartillas que son necesarios para llenar una "paginita" de estas, por una razón que, al declararla, llevaría a culpas a quien poseyera menor dotación de civismo de la que yo disfruto. He aquí la razón, o la sinrazón, mejor dicho: yo no he visto nunca a Raquel Meller. Sé que existe, me consta que existe, por igual razón que no tengo inconveniente en afirmar que en Pisa hay una torre inclinada... ¡por cultura que tiene uno!

Además para escribir sobre el arte y la vida de una buena señora, no es condición indispensable haberla visto, al fin y al cabo. Ninguno de los que escriben sobre tan valioso motivo, han visto a los griegos hacer comedias... y buenos latrazos que nos dan, no obstante, sobre el teatro griego.

Puse, pues, el lunes, manos a la obra, orientándome previamente:

—Oiga López Marqués—pregunté al formidable cronista deportivo—, ¿cuántas cuartillas tuvo usted que confeccionar para la doble plana que publicó en EL ESCANDALO, dedicada a Uzdudun?

López Marqués abandonó sobre la mesa, su inseparable junquito, que toma a veces la jactancia heroica de una fusta de domador y a ratos la gracia aligera de un arco de violín, y dijo:

—¿Cuántas cuartillas? Creo que veintitantitas... Si, a máquina, doble espacio, veintitantitas. Si le ponen unos grabados, tal vez menos.

Como no soy un impulsivo y me gusta sacar la luz de la verdad del choque de dos opiniones, pregunté aún a Juan Carranza, el excelente repórter, y no menos excelente visitado: de celebridades:

—Oye, Juan; ¿cuántas cuartillas "se te fueron" en lo de Rusia, que hiciste para EL ESCANDALO?

—Pues, verás: de las mías (tú ya sabes la miniatura de cuartillas que yo uso), creo que me fueron precisas unas doce o catorce mil. Pero cuartillas, lo que se dice cuartillas, con treinta o cuarenta tendrías suficiente.

Con estos datos y el tomo 34 de la "Enciclopedia Espasa", me puse manos a la obra. Yo no quisiera perjudicar a la Administración de EL ESCANDALO, haciendo subrepticamente un reclamo gratuito a aquella publicación, pero debo afirmar que la "Enciclopedia Espasa" es un pozo de ciencia indispensable para llenar el cubo de erudición en la tarea periodística de cada día.

—Melle-Lex-Gaud... Melle-Luz-Tornal... Mellema... Mellen... Mellebach... Melleran... Melleraza...

¿Búsqueme en vano. En la "Enciclopedia Espasa", no hay un huecuelo para la señora Raquel Meller.

Gran injusticia, enorme, definitiva injusticia. Olvido incalificable. ¿Por qué se ha dejado fuera de la gran obra a las canonietistas? No tienen ellas, pobrecitas nuestras, tanta categoría, o quizás más categoría que muchos señores políticos, que muchos sesudos académicos y que alguno que otro venerable historiador?

¿Por qué, pues, no han de pasar a la posteridad con más calificadas historias que las banales y frívolas antologías de las variedades?

Podría lanzar otras varias preguntas, briosamente, pero me abstengo. Y me contento, con declarar mi decepción, que me obligó a una tenaz búsqueda por la ciudad, con un lema ligeramente extraño:

—¿Sabe usted algo de Raquel Meller?

Tanto y a tantos formularé la pregunta, que hoy puedo—lo confieso sin sonrojo—vanagloriarme de conocer a Raquel Meller como si hubiera seguido su carrera triunfal desde aquellos tiempos ya, ¡ay!, lejanos, en los que su nombre, en diamantes de bombillas eléctricas, fulguraba en el tejado del "Arnan".

Por fin, se va hablar de la esposa de Gómez Carrillo, sería muy difícil escribir la historia de Raquel Meller

Hasta en llenar de incertidumbres su origen, ha adquirido categoría esta buena señora, que ha cruzado los mares para declarar sin reboso que un infeliz diestro, que tuvo la pueril idea de confeccionarse un relicario con el trozo de su capote que hubiera pisado el lindo pie (un delicioso 36), de la cantora.

Doña Francisca Márquez (Raquel Meller) ha triunfado en Norteamérica, batiendo, además, el "record" del reclamo.

DOMINGO DE FUENMAYOR

Un caballero o una dama pueden ser impunemente de Albalade del Arzobispo, si se conforman con llevar una vida un sí es no es grisácea y otro sí es no es monótona. Pero en cuanto adquieren celebridad, no sea en cosa de mayor importancia que en la de descubrir una nueva forma de confeccionar el apacible atroz con leche, deben tener especial cuidado en ocultar el lugar del mapa donde su buen padre lo inscribió en el Registro Civil. Así ha ocurrido desde Cristóbal Colón a Raquel Meller, que en esto de la obscuridad de sus primeros tiempos—no ya en lo del lugar de su nacimiento, pues a todos, a mi también, "ahora", nos consta su calidad oscense—, es la Cristóbal Colón del canzonismo andante.

Si yo hubiera hecho caso de cuantas versiones se me han dado estos días, acerca de la primera época artística

nieve de la pechera nítida, el corazón de los galanes del mundo, mudos de admiración en el fondo de los palcos.

La anécdota sentimental. La niña que quería ser Raquel Meller

Ocurrió el pequeño suceso, allá por los comienzos del año de gracia de 1911.

Barcelona entera—aún faltaba mucho tiempo para que fuera escrito "El Relicario"—, repetía unánime los cuplés de la "La Modistilla", el "Ven y Ven" y aquel otro, procaz y desvergonzado, "La Verdadera".



RAQUEL MELLER

Comenzaban a venderse por docenas de miles las postales de Raquel. Aún existen algunas de aquellas postales primitivas, en las trastiendas y en los sótanos de los comercios del ramo.

Raquel Meller aparecía en la fotografía vistiendo un blanco traje, de larga falda, de "tobillera" verdad. Levaba al brazo una pequeña sombrerera y se peinaba a la moda menestrala de entonces: alto moño, cogido con una cinta.

La Raquel Meller de aquella época, ya no es la de ahora. Ya tampoco es demasiado admirada por las modistillas, por los estudiantes, ni por los chicos del comercio. Raquel Meller, es hoy una artista transcendental, que reduce a su amojajo las cláusulas de los contratos; pero ha perdido, con ganarlo todo, la devoción de la siegre juventud. Igual, Tórtola Valencia. Podrá tener una casa que es un museo y laureles de todos los climas; pero la juventud literaria no le rendirá el homenaje—un poco có-

mico, quizás—, de quemar incienso en el ara bohemía de la pipa, ante ella... como "entonces".

En aquella época, anterior en más de un lustro a la que de Tórtola Valencia hemos aludido, una muchachita, un capullo de mujer aún no abierto a la plenitud vernal, se enamoró de Raquel Meller, del arte de Raquel Meller. Se llamaba Mercedes, la niña, y estaba tísica. ¡Con qué donaire imitaba la voz, el gesto, la mirada de la cupletista triunfante en el Paralelo.

La niña tísica, se murió con el nombre de Raquel entre los labios pálidos.

Este homenaje, éste triunfo trágico de la popularidad, llevado a la tumba por una virgen de quince años, no lo ha sabido nadie, hasta ahora.

El padre de Mercedes, me contó, llorando, la anécdota. Y, lo peor de todo, radica en que es bien cierta.

La anécdota cómica. Raquel Meller cantó el "Ven y Ven" en la redacción de un diario católico de cierta capital catalana

Esta anécdota, se la atribuyen a "Chelito". Pero me atrevo a asegurar que la protagonista no fué Consuelo, sino Raquel. Si yo no hubiera dicho aquí mismo antes de ahora que no había oído cantar nunca a la señora Meller, yo me atrevería a afirmar que fui testigo presencial del hecho.

Si lo hubiese presenciado, tendría yo entonces mis buenos catorce años y estaba de redactor en un periódico provinciano, que por cierto hace pocos días ha sufrido una suspensión gubernativa.

El periódico aparece en cierta capital catalana y es católico hasta la médula de los compondores. El director era un sacerdote, el redactor-jefe, otro sacerdote... El único seglar, además de los cajistas, era yo.

Pues bien, un buen día, y coincidiendo con la "Fiesta Mayor", que se celebra en mayo, aparecieron por las esquinas unos cartelones anunciando el "debut" de Raquel Meller, en el Teatro Principal.

Íntil es decir que en "nuestra" Redacción fué aquel un día de luto, de indignaciones, de sueltos de protesta, "respetuosa, pero enérgica", dirigidos a la primera autoridad provincial.

Leyó Raquel Meller la "contra-reclame" que le hicimos y, ni corta ni perezosa, se presentó en la Redacción, acompañada de un caballero, que se mantuvo al margen de los curiosos incidentes.

—¿El señor director?... preguntó Raquel, modesta, respetuosa, honestamente vestida.

Alguien le indicó al sacerdote que asumía las tareas directivas.

—Bien—dijo la "estrella"—. Me alegro de que sea un padre. Yo, señor Director, vengo sencillamente a cantarle a usted los cuplés que figuran en el programa de esta noche. Si encuentra usted en ellos algo pecaminoso, no los canto, y en paz. Yo soy, ante todo, una buena cristiana y, veálo, me ha dolido la actitud hostil de su periódico... Con su permiso voy a comenzar.

No hubo manera de disuadirla. Cantó sus cuplés.

Y — oh, milagros del ambiente! —, ninguno de ellos mereció la menor censura.

Y es que, claro, no diré yo que el "Ven y ven" sea muy a propósito para ponerlo de texto en las escuelas, pero cantado por una muchacha pálida y enlutada, con las manos juntas, trémula la voz y los ojos bajos y llorosos, como lo cantó Raquel Meller en aquella tarde memorable, más tenía de fervida oración que de alegre canzoneta.

Y Raquel Meller, aceptó el compromiso.

Batiendo todos los "records" mundiales de la "reclame"—El fantástico contrato de Nueva York y otras cosas

La Prensa de ambos Continentes, ha dedicado amplia atención al contrato que llevó a Raquel Meller a Nueva York. Y esta atención, traducida en copiosos comentarios periodísticos, no era el sencillo telegrama ni la escueta noticia sin destinar, entre las informaciones de las Agencias, ni era tampoco, en la "Sección de Espectáculos", de los grandes cotidianos de todas las lenguas, un mejor o peor disfrazado suelto de contaduría o de administración.

La Prensa mundial, ha dado a Raquel Meller categoría, cuando menos y en amplitud de información, de niem-



bro del Consejo permanente de la Sociedad de Naciones. Mas que la crisis ginebrina, en efecto, ha interesado Raquel a algunos rotativos.

Pasáramos de la obligada dimensión de esta doble página si recordáramos en ella no fuera más que una auscita recopilación de lo que la Prensa ha dicho alrededor de ese contrato neoyorquino, realmente fabuloso.

Raquel Meller, ha asegurado sus trajes, su voz, sus ojos, su pelo, sus pastillitas, sus peritos y su servidumbre. Y en el colmo del seguro y de la precaución, dice un periódico neoyorquino, que aseguró "el éxito de Pren'a en las localidades norteamericanas donde había de actuar".

Si fuera cierto — y tal vez lo sea —, este seguro excepcional, asusta pensar lo que habrá costado ganar la benevolencia y, más aún, el aplauso de toda la crítica de Norte América.

Pero aún hay más. A propósito de esa fiebre de asecuraciones, se ha tejido una leyenda de ricardía encendida, no obstante, por no pocos sesudos periódicos de "allá". Dicen las tales gacetas que Raquel Meller, desde su trono de reina del cuplé, se prendó, mujer al fin, de un apuesto manchebo. Y "se le declaró"; así, sencillamente, se le declaró.

El apuesto manchebo, opuso un ligero inconveniente:

—No puedo negar, señora — parece que le dijo —, la íntima satisfacción que me produce haber merecido que esos ojos y, sobre todo, ese corazón, me hayan dispensado el honor de fijarse en mí. Pero, señora, ¡soy casado!...

—No es inconveniente. Puede usted divorciarse.

—Si es inconveniente. Puedo divorciarme, en efecto, pero es el caso que, en la razón social de mi matrimonio, mi mujer, mi actual mujer — bellísima, por cierto —, es la capitalista. Aparte de alguna que otra razón sentimental, ocurre que si liquido la sociedad, me quedo "a dos velas", como creo que dicen ustedes por allá.

Raquel Meller quedó un momento pensativa, con un gesto "muy de financiero de película".

—Tampoco es inconveniente — dijo al cabo —. Yo tengo más dinero que tu mujer.

El apuesto manchebo no se dejó fascinar por tan dorado espejuelo.

—Usted, señora — afirmó —, tiene indubablemente más dinero que mi señora. Pero yo soy más pobre que el más humilde de sus siervos, que al más modesto de los avisadores de los teatros donde halla actuado...

—¿Y qué?

—¡Figúrese! ¡Qué ocurriría, que me ocurriría si me divorciara, el día en que dejase de gustar a esos ojos y a ese corazón que hoy, honrándome, se muestran tan propicios para mí?

—Eso no ocurrirá nunca, muchacho.

—Tal vez. Confío mucho en las bellezas que mamá Natura volcó sobre mí, pero... ¡sois tan veleidosas las mujeres!...

—¿Qué deseas, entonces?

—Que me asegures tu cariño.

—Te lo aseguro... Mas aún: ¿te lo juro?

—Bah, no; no es bastante.

El seguro que yo desee, es cantante y sonante. Comprometase, por escrito y con todas las de la ley, a indemnizarme en un millón de dólares el día, si no probable, posible, de nuestro divorcio. Soy hermoso, señora, pero la hermosura, ¡ay!, no es eterna".

Y Raquel Meller, aceptó el compromiso.



(Termina en la pág. 6.)

Universal de España y América
Barcelona

ECOS E INDISCRECIONES

COCKTAIL

Los miles de ciudadanos que impetuosamente han encumbrado a Samitier, se indispusieron repentinamente con el ídolo el último domingo obsequiándole con estrepitosas pitas.

Llegó a tal extremo la bronca, que Samitier, cuya exquisitez deja algo que desear, estuvo a punto de repetir un ademán que hace tiempo le valió un fuerte disgusto.

El Barcelona, venció al reserva del Español empleando recursos francamente censurables.

Planas se destacó, como siempre, de entre los que arrearon candela.

El día que el Barcelona se decida a expulsarle, bajará el árbitro.

La influencia del fútbol se siente hasta en campos tan distantes como el de las Bellas Artes.

El único artista catalán premiado en la Exposición Nacional se apellida Gol.

El galardón es merecido, pero el chiste es como para que lo piten.

Ahora que suponemos que el que tendrá que pitarlo será el "referee".

Naturalmente.

El gobernador, por abusos cometidos por determinados industriales, ha impuesto la tasa del hielo.

Amundsen, Shackleton y otros descubridores polares están que echan las muelas contra el señor Miláns del Bosch.

Por comer moras unos niños se han intoxicado gravemente.

También nosotros hemos sufrido durante diez y siete años la intoxicación de la morisma.

Ahora que la intoxicación parece ser que está resuelta. Una purga a tiempo es muy conveniente.

El Gobierno ha acordado conceder determinadas ventajas a los padres que tengan más de diez hijos.

Esta medida nos recuerda aquel romance que empieza: ¡Padres que tenéis hijos!...

(Final de la pág. 5.)

Hasta aquí, el periódico de donde tomamos, cortamos y pegamos, la efemérides. Por nuestra cuenta, sólo nos resta utilizar el cliché tan usado por los gacetilleros en momentos de barullo político:

"Acogemos la noticia con toda clase de reservas, y solamente a título de información."

La anécdota trágica—Raquel Meller ha muerto

La anécdota trágica, para este tríptico anecdótico, nos la da una información aparecida en "La Prensa", de Nueva York, donde cuenta de la función de despedida de Raquel Meller, celebrada el día 23 de mayo.

Dice así aquel gran periódico: "Raquel Meller" terminó en la noche del sábado su temporada neoyorquina, con un triunfo que, es opinión unánime, no tiene precedentes en la historia teatral de Nueva York.

Al acabar la sexta semana consecutiva de representaciones a teatro lleno y a precios superiores a los de cualquier otro espectáculo en la ciudad, la maravillosa artista española recibió un homenaje tan delirante de entusiasmo del público, que quedó confirmada la impresión de que no podrá ya de dejar de presentarse anualmente en Nueva York, donde ha adquirido lugar preferente entre sus grandes favoritas artísticas.

La función de la tarde, como la de la noche, se celebraron con el teatro abarrotado de espectadores. Hasta las localidades menos convenientes para dominar la escena, que no son pocas, por cierto, en el Empire, estaban ocupadas. Muchos espectadores que habían pagado precio completo de los billetes sabiendo que no tendrían asiento, presenciaron la representación en pie detrás de las butacas. Y todos ellos, unánimemente, contribuyeron a dos de las más grandes demostraciones de entusiasmo por una artista que ha presenciado jamás Nueva York.

Raquel tuvo en la tarde que presentarse en escena, terminada "La Violeta", innumerables veces para recibir las aclamaciones. Del paraíso y de las butacas, mezclados con los bravos, se oían los "adioses", muchas veces pro-

Resulta ahora que los tres chinos que escamotearon doce billetes de veinticinco pesetas a un comerciante de la calle de Fernando no son chinos, sino argelinos.

Y han sido devueltos al comerciante los doce billetes. Nos parece muy justo.

También nos parecería justo que a ese comerciante le dieran sobresaliente en Geografía.

Porque confundir Argelia con China no es una cosa que se vea a diario.

Ha sido detenido un sujeto que había robado seis jamonés.

Ya sabemos que castigo le darán. ¡Le harán lonchas!

"El Liberal" se ha remozado y sale hace ya días con traje nuevo: más páginas, mejor colaboración, más redactores, etc.

Le pasa lo mismo que a su director. Pérez de Robas, amigo, está remozado también: más grasas, mejor indumentaria, más brevas de tres pesetas, un automóvil.

¡Querido Pepe, estás en pie de llegar a Rockefeller!

Hay una epidemia contra las celebridades catalanas: Guimerá, Turró, Gaudí, patriarcas de la inteligencia los hemos visto bajar a la tumba en limitado plazo de tiempo.

Pero por lo visto la epidemia no ataca más que a los hombres de talento.

Una serie—suman más de un centenar—de viejos de animalidad reconocida, aunque ellos crean lo contrario, pueden estar tranquilos.

A ellos no les afectará la epidemia. Ellos se morirán de... eso.

De animales caducos.

En la Exposición de Bellas Artes se ha cometido una injusticia con Mir.

Le ha birlado la medalla de honor el acreditado fabricante de tortas de confitería don Aniceto Marinas.

Ahora que la medalla será para Marinas, pero el honor ha sido para Mir.

Y conste que no queremos hacer un comentario más duro. Por aquello de "¡No me toque usted a la Marina!".

Recordaremos, empero otra frase conocida:

nunciados con visible acento extranjero. Centenares de espectadores sitiaban los pasillos de butacas, rodeando el escenario y disputándose los cestos de flores dejados por la artista. Esta tuvo que decir breves palabras de agradecimiento, emocionada.

Cuando salió a la calle para dirigirse al hotel, su automóvil pareció perdido entre la multitud que llenaba la calle e impedía a la artista y sus acompañantes llegar al vehículo. Hombres y mujeres, hispanos y extranjeros, hablaban cariñosamente, pidiéndole que "volviera pronto". Cuantas flores llevaba encima la española le fueron arrebatadas por sus admiradores, y la policía tuvo que abrir paso trabajosamente al auto, antes de que la multitud permitiera a la artista partir entre aclamaciones y aplausos que la siguieron hasta que el coche llegó a la Quinta Avenida.

La función de la noche fué otro triunfo. El teatro presentaba aspecto imponente. El lleno fué rebosante. La aparición de la artista en escena desató una inmensa ovación. Sólo después de varios minutos de espera pudo Raquel comenzar a cantar. Desde entonces, al final de cada una de las catorce canciones, el público la aclamó y la aplaudió incesantemente. Cada presentación de la artista iniciaba una ovación, que volvía a estallar tan pronto acababa el número. Raquel, impresionada por las emociones de la tarde, se mostraba visiblemente sensible.

En la mañana de ayer, partió en un vagón especial, que le serviría de alojamiento durante su gira por el interior, hacia Boston. De allí irá a Filadelfia, Pittsburg, Cleveland, Chicago, siguiendo hasta Los Angeles. Sus planes presentes son embarcar en Nueva York en julio, para Europa. Pasar unos cuantos días en París, "para hacerse trajes". Ir en seguida a Barcelona, a descansar unos días con su madre; luego a Madrid, San Sebastián, París, Niza y prepararse para embarcar de regreso a Nueva York hacia mediados de septiembre.

A fines del mes empezará aquí su temporada. Y a juzgar por las impresiones del público, habrá entrado bien el invierno antes de que la gran española, que el sábado y entre la emoción de las manifestaciones que se le tributaban, repetía "es que somos españoles", con infantil y gentilísimo orgullo, pueda salir de Nueva York para California a cumplir su contrato con las empresas cinematográficas."

"Marina, yo parto"...

Ahora que lo que Marinas ha partido en esta ocasión han sido los votos a su favor y por cierto con muy mala sombra.

Se viene hablando estos días de que Platko abandona, terminado su compromiso, el Barcelona, y de que será sustituido por Zamora, hoy en tierras americanas.

Veremos qué juego da este asunto.

Aunque creemos con el dicho popular que: "No se tomó Zamora en una hora".

A no ser que le dieran una de duros que metiera miedo. En cuyo caso todos los refranes y dichos populares se van a... hacer gárgaras.

Una aclaración

En nuestro penúltimo número, en un artículo de nuestro colaborador don Gabriel R. España, que trataba a fondo del desastre financiero del Banco Español de Chile, respecto de cuya actuación toda censura es poca, se decía ocasionalmente que aquel fracaso financiero había lesionado los intereses de prestigiosos Bancos españoles.

Para puntualizarlo detallábamos con irrecusable precisión el número de acciones del Banco Español de Chile que figuraban inscritas a nombre de cada uno de aquellos Bancos.

Escritas tales líneas, y sin que debamos rectificar ninguna cifra, podemos añadir una aclaración que estimamos de justicia. Es la de expresar que las acciones que se atribuyen a tales Bancos resulta que en realidad no son suyas, sino propiedad de los clientes que les confiaron su representación. Puede afirmarse en general que ningún Banco peninsular ha sufrido la menor pérdida por aquellas acciones. Fueron los capitalistas españoles los perjudicados. Estos las pusieron en manos de los Bancos para que las inscribieran en su cartera, agenciaran su administración y les transmitieran las rentas. Y por esta razón figuraban a su nombre.

Hubo, por tanto una pérdida para el haber español. Pero la víctima no fueron las instituciones de crédito, meras intermediadoras en este caso, sino los buenos ciudadanos que pusieron en el Banco Español de Chile sus ojos y sus esperanzas.

Esta es la anécdota más llena de realidad viva.

Y esta es la anécdota dolorosa de la vida de Raquel Meller, reina de los tablados de primera categoría, fascinadora de todos los públicos, dominadora y triunfal. De un lado al otro de los mares, puede jugar todos los resortes de la propaganda, batir todos los "records" del reclamo.

Pero ésta es la anécdota trágica, porque Raquel Meller, al remontarse tanto, tanto, se ha salido del corazón sencillo de un buen pueblo que un día llenó con sus cuplés banales todos los momentos alegremente líricos de la ciudad.

Para la modistilla de hoy, está más cerca Mary Pickford que Raquel Meller. Tal vez, desde Los Angeles, vuelva a reconquistar la humilde admiración perdida por alcanzar más empingorotadas admiraciones.

Entre tanto, habrá un como fondo de melancolía en el gran triunfo de Raquel Meller. Melancolía de viejos orgánicos de alegre bohemia callejera, cuyas notas hubieran robado los violines, para "pervertirlas" aristocratizándolas, "haciéndoles la manicura" a las corcheas desenfundadas.

Raquel, la Raquel de entonces, ha muerto.

Cierre

Comencé a escribir esta crónica, riendo buenamente, con la satisfacción que produce al escritor tratar un tema poco transcendental.

Y a medida que la pluma avanzó, poseyendo y fecundando las cuartillas, he ido apercibiéndome que se llenaban de amargura, de pesadumbre, de dolor tal vez.

¡Está Raquel tan lejos de nosotros, ya!... Y están tan remotos aquellos tiempos del primer triunfo, del primer aplauso, en el "Arnau"...

Raquel Meller, los merecimientos de Raquel Meller, han triunfado en el mundo. Pero, al subrayar la victoria de la artista, nos notamos un poco viejos.

Cómo alcanzar el triunfo, el pleno triunfo, cuesta toda la vida, al conseguirlo fluye, en su derredor, una melancolía. Melancolía de marcha, de adiós, de ausencia definitiva.

Volverá Raquel Meller. Pero "nuestra" Raquel, la Raquel "de entonces", se ha ido para siempre. Y se ha ido también, la juventud.

EL TABLADO DE ARLEQUIN

De todos y para todos

Ha comenzado el cierre casi general de teatros.
Olympia ha cerrado porque había más "divos" en la nómina que espectadores en la sala.
Novedades porque otro "divo", Hipólito Lázaro se ha prodigado con exceso.
El Español, porque, como de costumbre, se va la compañía de "tourné".
En Romea se ha celebrado ya el beneficio de Borrás.
En el Tivoli está a punto de terminar la compañía de opereta italiana.
Cerrados ya anteriormente el Goya, el Victoria y al Nuevo, quedan abiertos, Barcelona, Poliorama y Eldorado con comedia.
En el Paralelo se ha quedado solo el Cómic. Aquí viene bien aquello del cantar:
¿Cómo quieres comparar
un charco con una fuente?
Sale el sol, se seca el charco,
y la fuente permanece.
Las revistas del Cómic permanecen.
Las demás, pasan fugaces.

El estreno de "La Mayoral" en Olympia fué una cosa seria.

No se salvó ni con una presentación magnífica, ni con un reparto en el que figuraban nada menos que Cora Raga, Felisa Herrero, Sagi-Barba, y Vendrell.

¿Cómo sería el portento de Prada y de Padilla!

Y a propósito de Padilla.

Al autor de "El relicario" le molestó que no le gustara su partitura al público, y tomando por tribuna el escenario y creyendo que las obras malas se salvan con discursos, dijo la siguiente majadería:

"Está bien. Así se recibe aquí a los artistas españoles que han triunfado en el extranjero".

¿Pero, usted había triunfado en el extranjero? ¿Qué modesto!

Sabíamos que habían gustado varios cuplés suyos por ahí, pero no ignoramos que una vez que estrenó una opereta en París, aquel público, coincidió con el de Olympia y la crítica le puso de autor... de cuplés que no había por donde cogerlo.

Un detalle pintoresco de la fenecida temporada del Victoria.

Una noche se representó una zarzuela cuyo argumento exige la presencia de un pollino en escena.

Pues bien aquella noche no cobraron los artistas.

Pero el burro cobró su trabajo.

Se dice que el Sindicato de actores piensa protestar de la preterición.

Leemos en la "Hoja Oficial": "Trabajando en el music-hall Pompeya la artista María Yáñez fué insultada por varios espectadores, quienes la arrojaron puñados de calderilla, promoviéndose un fuerte escándalo".

Por lo visto la joven María, quería que le echaran billetes.

En vista del éxito de "L'amor i els lladres" Durán y Tortajada está escribiendo una comedia que se titula "El carinyo i els carteristes".

Leemos: "Un telón de alarma".

No es que se trate de un telón para los casos de incendio. Es que lo ha pintado don Salvador Alarma.

En el Bosque fracasan todas las compañías.
No puede ser de otra manera.
Aquello no es un teatro, sino un garage malogrado.

Título de una película: "El terco".
No sabemos a quién aludirá.

Los del Olympia terminaron el lunes.
Aunque creíamos que con Sagi-Barba, Vendrell, Cora Raga y Felisa Herrero harían todo el verano, lo cierto es que se han despedido.

"La Mayoral" les ha dado la puntilla.
Suponemos que si hacen la "tourné" por provincias con "La Mayoral" la harán en diligencia. Y en diligencia se llega siempre tarde y maltrecho.
¡"La Mayoral"! ¡Arreal!

Pero ¿dónde se mete la gente?—preguntan amostazados los empresarios.
Donde no les vean a ustedes y a los suyos—contestamos nosotros.
Y hay que convenir en que la gente tiene razón.

Los cines, sin embargo, se defienden.
Es lo de siempre.
Ha sido eternamente más fácil defenderse en la oscuridad.

El maestro Alonso, que es un osado, va a estrenar "La Calesera" en París.

Luego nos quejaremos de que en Francia organicen espectáculos "pour l'Espagne et le Maroc".

El baritono Pepe Parera distrae sus ocios cultivando la escultura.

Es un enamorado de la forma, de las buenas formas.
Por eso está en el Cómic.

Benavente va a estrenar "Una pobre mujer".
¿Quién lo había de decir!

En vista del éxito obtenido por don Aniceto Marinas al obtener la Medalla de Honor de la Exposición Nacional de Bellas Artes, el monstruo que se exhibe en la Barceloneta ya no se anuncia como "Monstruo marino", sino como "Monstruo Marinas".

Angel Samblancat

acaba de poner a la venta la obra inédita

Con el corazón extasiado

3 ptas. en librerías y kioscos y en la

Editorial BAUZ, Aribau, 177

COCKTAIL

Se ha inaugurado el Metro Transversal.
Una obra magnífica.
Ahora, que las tarifas parecen de "taxis".
Viajar en el Metro parece que sea cosa reservada a los potentados.

Respiremos: no se va Platko del Barcelona.
La verdad es que si se hubiera ido, ¡qué disgusto!
Pero todo se ha arreglado.
Mejor. Menos faena para la Sociedad de las Naciones.

Según "El Noticiero Universal" el Martinenc "está al pote".
Para que presuma Pérez Carrasco de escritor...

Al entierro de Gaudí no asistió ningún representante de la Compañía de Tranvías.
Y eso que estaba indicadísimo.

Don Manuel Luengo se ha ido a Compostela en una peregrinación.
Nos espera una lluvia de medallas.

Se habrán ustedes convencido de que lo único serio que queda en España son los toros.
Ahí sí que no hay truco.
Todo será que alguien invente la manera de sobornar a los toros.

¿Se nos permite decir que Villalta es malo, por muchas orejas que tenga?
Pues lo decimos, aunque él pueda oírnos, que para eso suponemos que tendrá las orejas.

Otra corrida, otra mansada, otra tomadura de pelo al público.

Y el gobernador sin meter en cintura a la Empresa, a pesar de las excitaciones de la "Hoja Oficial".

Hace pocas noches el novelista Antonio de Hoyos y Vinent, que iba acompañado de su... secretario particular, riñó con dos mujeres en la Rambla.

Suponemos que no sería por cuestiones de competencia literaria.

Nuestro buen amigo José Manzanares padre y propietario de la primera estación americana de revituallamiento para automóviles con el título de "Service Station" quiere retirarnos la amistad porque no le hablamos de su gran estación, creemos nosotros, amigo Pepe, que nuestra propaganda ni todas las que usted haga serán inútiles, pues como se dice en catalán: "es un peix que es porta l'oli" y es inútil que digamos nada, pues los amateurs automovilistas ya están enterados de cómo las gasta usted para dar los lubricantes y la gasolina económica, así es que lo que le deseamos son muchos años de existencia y nos pueda llenar Cataluña de sucursales, para el bien de todos los automovilistas. Felicitamos al señor Manzanares por lo de: Medida, Calidad y Economía.

Navegamos en un mar de confusiones. Nosotros conocíamos una serie de Exposiciones terrestres, pero no conocíamos la turca.

La turca es flotante.

¿Una turca flotante?

Meditemos y guardemos cinco minutos de silencio.

Antonio López, Impresor : : : Olmo, 2, Barcelona

Las ediciones de la flecha

Han lanzado a la venta

SANGRE EN ATARAZANAS

por FRANCISCO MADRID

Precio: 4 pesetas

EL ESCANDALO

UAB
Universitat Autònoma de Barcelona
REDACCIÓN
Y ADMINISTRACIÓN
Calle del Olmo, 8
BARCELONA

Cuando yo estuve en la Habana

Casamientos al minuto y divorcios al segundo

En un pueblito de Cuba, por cuarenta duros, se casaban los extranjeros, adquirían la nacionalidad cubana, se llevaban a la mujer y cuando se les antojaba, se reintegraban a su anterior estado de soltería. Porque los matrimonios eran ilegales y a veces impersonales.

¿Qué inconveniente habría para comenzar esta información, diciendo: "Pasajeros llegados de la Habana nos informan..."? ¿Ninguno verdad? Pero como Cuba no está, como acostumbramos a decir los que nos ladamos el sombrero al revolver de la esquina, sino un poco más arriba, habremos de confesar la verdad y decir que el conocimiento de lo que hemos de relatar lo tenemos por dos conductos. Por el de la prensa cubana y por el de la prensa norteamericana, porque nosotros aunque nos esté mal decirlo, leemos el cubano y el yanqui. Puestos a confesarlo todo, añadamos que de lo que leímos no nos sorprendió nada, porque de ello tuvimos conocimiento en otra ocasión. Cuando en nuestra juventud, y desde entonces ha nevado mucho sobre nuestras cabezas, residíamos en Cuba, explotando nuestro ingenio, un ingenio que ¡ay!, debido a nuestras prodigalidades, se eclipsó con nuestro humor y con nuestro dinero. De aquellas célebres jornadas, que adquirieron categoría de épicas, sólo nos queda un loro y una hamaca. Del loro pretendimos hacer una dama joven y después, más modestamente, la educamos para señorita de conjunto. Pero ni en los teatros ni en los conciertos, ni luego en los cabarets me lo admitieron. Los empresarios tenían rivalidades y competencias. De la hamaca ni hablar.

¿Tiene, pues, algo de extraño que aprovechemos todas las ocasiones para enterarnos de las cosas de una tierra que su recuerdo nos sumerge en un piélago de nostalgias?

Vayamos al asunto.

Sabido es, y por si se ignoraba lo diremos, que Norteamérica tiene leyes especiales, de inmigración que tienden a dificultar y hasta a hacer imposible el desembarco de extranjeros en Nueva York. Italianos, españoles y japoneses en primer término, tenían puestas sus miras en la América del Norte, tanto por la libertad de que se disfruta como por lo bien que la gente se gana la vida, la que se la gana, claro.

Norteamérica era materialmente invadida y ante tal contingente de inmigración las autoridades pensaron que lo mejor sería restringirla.

Sin embargo, Cuba, por la menor inmigración y por otros motivos de índole política y económica, gozó siempre de un trato de favor, hasta el extremo de que se permite la entrada en Nueva York a los extranjeros que lleven en Cuba una residencia de dos o tres años y a las extranjeras que por su casamiento con un indigena tenían adquirido por derecho la nacionalidad cubana.

Hace años, y eso ocurrió viviendo nosotros en Cuba, se sospechó de la regularidad del procedimiento para adquirir la nacionalidad o la residencia legal y en una especie de expediente de responsabilidades que se incoó al efecto, pudo comprobarse que en realidad, en esto como en otras muchas cosas se hacía trampa.

Pasó el tiempo, como para todo, se echó el negocio al olvido y cuando nadie se acordaba de lo ocurrido en otra época, las autoridades cubanas han de intervenir nuevamente en un suceso idéntico, como consecuencia se traducirá en molestias y perjuicios, para los extranjeros que se les ocurre ir a Cuba o a Norteamérica.

¿Los hechos?

Figúrense que en Cuba hay un pueblo denominado El Cano, no muy lejos de la Habana. En El Cano existe un juzgado municipal. Ni el pueblo ni el juzgado son cosa de importancia. Pocos habitantes, unos miles y funcionarios modestos. Y ocurría allí, lo que ocurre aquí en Barcelona con los usureros y sus víctimas. Que hay juzgados municipales, ninguno de la capital, que admiten, convenido de antemano con los prestamistas todas las demandas contra el infeliz que recurre a un usurero. Quizá hablemos de eso algún día a ver si terminamos con tal vergüenza. Mas en el juzgado municipal de El Cano no eran cosas de usura, en el sentido corriente de la palabra, las que se tramitaban, sino casamientos.

Véase cómo.

Llegaba a la Habana un barco con inmigrantes extranjeros que tenían el propósito de residir en la América del Norte. Como sea que en Nueva York no podían desembarcar si no cumplían todos los requisitos exigidos por las autoridades de inmigración, y casi ningún extranjero, o ninguno,

a los cuales nos referimos, llevaba la documentación en regla, tenían que valerse de algún medio para burlar las leyes, y únicamente lo conseguían con falsificaciones de estado civil que se hacían en El Cano.

Un individuo, con apodo incluso de presidario cubano, "El Cameral", negociante en trata de blancas y blancos, era el encargado de acudir a los barcos, en busca de polacos o ucranianos, que eran los extranjeros que más abusaban del procedimiento, para casar.

Si veía alguna mujer polaca que necesitaba adquirir la nacionalidad cubana, la conducía a El Cano, donde había cubanos que se habrían casado catorce docenas de veces, la presentaba a su "futuro" y se celebraba la "ceremonia" en el juzgado municipal. Estos matrimonios costaban cuarenta o cincuenta duros. Una vez casados el "marido" tenía el derecho de acostarse con su "mujer" si quería, y si quería ella, claro, y después le concedía toda clase de autorizaciones para que hiciese lo que le viniera en gana. Desde luego aquel matrimonio era nulo, porque no constaba en ningún libro registro, por lo menos en ningún libro registro oficial. Eran muchas las veces que la polaca, "casada" con un sinvergüenza por partida doble, iba a engrosar las filas de la prostitución.

Si en vez de ser una mujer era un hombre, lo casaban igualmente, o bien para hacer más legal el tiempo de residencia en Cuba, o bien para sacar alguna mujer del territorio. El precio era el mismo y la cantidad se la repartían "El Cameral" que hacía de buscón, el "marido" si era cubano, el juez y el secretario.

Se llegó a comprobar que extranjeros acabados de llegar a la Habana, se casaron al día siguiente, apareciendo en las partidas una residencia de dos años. Una ucraniana llegada el día 6 de enero, la casaron el 9, constaba residiendo en el término municipal dos años.

Otra mujer polaca se casó dos veces. La primera pagó 40 duros y la segunda 50. Al juzgado fué una sola vez, el segundo matrimonio se efectuó sin su asistencia.

Todos esos "matrimonios" se dirigían después a Nueva York, como ciudadanos cubanos, y como sea que todas las partidas de casamiento y los certificados de residencia estaban extendidos por el juzgado municipal de El Cano, las autoridades americanas sospecharon de la legalidad de la documentación.

Se advirtió del caso al Consulado de Cuba en Nueva York, éste se dirigió a la Secretaría de Estado y comenzaron las investigaciones. Y se descubrió que en un año habían contraído matrimonio en el juzgado municipal de El Cano más extranjeros que en todos los juzgados de la Habana.

LAS EDICIONES DE LA FLECHA

HAN LANZADO A LA VENTA, EL LIBRO DE

FRANCISCO MADRID

SE TRATA DE UN REPORTAJE VIBRANTE,
APASIONADO Y CINEMATOGRAFICO, DE
LOS BAJOS FONDOS DE BARCELONA.
LA VIDA SOCIAL, LAS GENTES DE MAL
VIVIR, LAS HORIZONTALES, Y LOS SIETE
PECADOS CAPITALES DEL DISTRITO V,
QUEDAN REFLEJADOS EN

SANGRE EN ATARAZANAS

EL PRIMER LIBRO DE NUESTRO COMPAÑERO
FRANCISCO MADRID

Un crimen extraño

William Franco asesina a su duplicado

En Augusta (Estados de Maine), un joven ingeniero, de 34 años de edad, William Franco, acaba de cometer un crimen en circunstancias verdaderamente extraordinarias: ha matado de un balazo en la cabeza a un joven empleado de banca que se le parecía de un modo asombroso y fantástico. Ha creído encontrarse frente a su duplicado, frente a su reencarnación, y esto ha producido en él obsesión, espanto, locura...

He aquí la trágica historia de William Franco y de su duplicado:

William Franco era lo que se dice un joven de porvenir. Obrero electricista, había logrado, mediante sólidos estudios y enérgica lucha, el título de ingeniero, y actualmente dirigía una Empresa de alumbrado eléctrico.

La vida le sonreía; su situación económica era próspera y la dicha acudía a su encuentro, encarnada en una joven y preciosa señorita, hija de un rico negociante, y con la que había de contraer en breve matrimonio.

Frágil ventura que una simple casualidad había de desvanecer. Hace pocos meses fué Franco a un Banco para ingresar cierta suma. Cuando alargó la mano para entregar los billetes al empleado de la taquilla, ambos se quedaron sobresaltados, víctimas de idéntica impresión. Tanto el uno como el otro tenían la sensación de estar mirándose en un espejo.

Misma fisonomía, misma estatura, mismo traje. Era verdaderamente alucinante. William Franco se pasó la mano por los ojos para disipar aquella visión de pesadilla. No, el duplicado era una realidad. Alargaba al ingeniero, con una sonrisa de sorpresa el fajo de billetes. Profundamente conturbado el ingeniero salió de allí como loco, mientras que los espectadores de aquella escena, a quienes había interesado en extremo, señalaban a los dos semejantes.

Por ser de un temperamento excesivamente nervioso, Franco se dejó obsesionar por la visión de su duplicado.

Su espíritu buscó explicaciones sobrenaturales a la sorprendente coincidencia y su alma se vio perseguida por la preocupación del "duplicado", de la "reencarnación" del cuerpo astral.

Sin embargo, el empleado de banca no era una quimera ni un fantasma. En enero pasado vió al ingeniero en el teatro con su novia, pasó por delante de ellos, y sonriéndose les saludó.

El ingeniero contempló al desconocido durante algunos minutos, encontrándolo más parecido a él que dos hermanos gemelos, y palideciendo de pronto balbuceó algunas palabras incomprensibles y se marchó precipitadamente, tirando de su novia, cuya muñeca lastimó con su premura.

La terrible obsesión ha concluido en drama.

Por una fatalidad inexplicable, el empleado de banca acudió recientemente a la fonda donde Franco suele comer.

Un mozo, confundiendo con Franco, le entregó una carta dirigida a este último.

— Es un error — dijo el empleado.

En aquel momento entraba Franco.

— ¿No es esta carta para usted? — dijo a Franco el empleado, tendiéndole el sobre que acababan de entregarle.

El ingeniero levantó la cabeza y vió a su semejante, que, sonriente, le alargaba la carta.

Esa contenía una mala noticia.

¿Creyó Franco en una venganza del duplicado? ¿Enloquecido por lo que estimaba una persecución de su reencarnado fantasma, dispuesto a ocupar su puesto en el mundo de los mortales?

Lo cierto es que sacó el revólver y mató friamente a su semejante.

Mientras los testigos de la terrible escena levantaban el cadáver de la víctima, él se dejó llevar al puesto de Policía más próximo, diciendo:

— Por fin me veo libre de esa atroz pesadilla. Puedo respirar, puedo vivir. Cuando cayó noté que se me quitaba el peso que oprimía mi pecho.

Este asunto excepcional, quizá único en los anales criminales del siglo XX, resuscita apasionadas discusiones sobre los "duplicados", las "persecuciones", las "obsesiones" y las reencarnaciones.

ESTE NUMERO HA SIDO
PASADO POR LA PREVIA
CENSURA GUBERNATIVA